

Pablo Martín Carbajal

# LA FELICIDAD AMARGA

Colección de Narrativa  
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © Pablo Martín Carbajal  
Foto del autor © Coco MG  
Febrero de 2013  
Ediciones Irreverentes S.L.  
<http://www.edicionesirreverentes.com>  
ISBN: 978-84-15353-63-8  
Depósito legal: M-4513-2013  
Diseño de la colección: Dos Dimensiones S.L.  
Maquetación: Rojo Pistacho S.L.  
Imprime: Publidisa  
Impreso en España.

*A papá, mamá, Javi,  
Alberto, Cristi y Santi.*



# 1

*El desierto del Sahara / está más cerca de mis labios / que tus besos... / y el mercado de Estambul. / Las mezquitas de la India / están más cerca de mis dedos / que tu cuerpo... / y la noche en Katmandú.* ¿Cuántas veces tarareaste esta canción? ¿Cuántas veces imaginaste que sería la causante de algo? Algo que está sucediendo ahora, algo que tú mismo has decidido. Sostienes sobre las manos la cajita de madera que te regaló Carmen, «no la abras hasta que no estés en el avión», te dijo cuando pasaste por su casa a despedirte. El piloto ha ordenado por el altavoz que se cierren las puertas, todos los pasajeros están ya con el cinturón de seguridad abrochado, el avión acaba de empezar a moverse para dirigirse a la pista, y tú todavía no la has abierto. Tienes curiosidad por saber qué contiene desde el mismo momento en el que te la entregó, pero de repente ahora prefieres esperar y acordarte de cómo empezó todo. Quizás fueron las muñecas rusas, las muñecas rusas de las que siempre te hablaba Carmen, las muñecas rusas que todo el mundo veía en un sentido pero nunca en el contrario, ni siquiera ella misma —te decía con los ojos huidizos—, ojalá se hubiese dado cuenta a tiempo.

Claro que fueron las muñecas rusas, ¿qué si no? Echas la vista atrás y recuerdas con una sonrisa aquella tarde que tocaste con el dedo índice tembloroso el timbre de su casa, Carmen abrió la puerta, «¡no sabes lo que acabo de hacer!», y diste dos trancos para entrar, todavía con la emoción impregnada en el rostro, «¡acabo de venir conduciendo desde la dársena!», y ella te miró con un gesto de satisfacción, como quien mira a un niño que acaba de dar sus primeros pasos. En unos días te examinabas del carné de conducir, ese domingo tu padre te había vuelto a llevar en su coche a hacer una práctica a la explanada de

la dársena pesquera. Cuando ya estabais terminando y te detuviste para cederle la plaza del conductor antes de entrar en el carril de aceleración que empalmaba con la autovía él te dijo que no, que siguieras conduciendo hasta casa. Tú te giraste sorprendido, como si no hubieses escuchado bien, reconociste su autorización en el rictus firme de sus labios y en su pelo cada vez más cano, y aceptaste el reto sin dudarlo. Miraste con arrojo al frente, metiste la primera con la seguridad de un piloto de rallies pero no pudiste evitar esa sensación de miedo —ni tampoco de satisfacción—, al verte como uno más entre los coches que circulaban con normalidad por la autovía, sin darse cuenta de que eras un novato, sin distinguir si el muchacho imberbe que conducía con la tensión en los brazos y las manos fuertemente agarradas al volante tenía diecisiete o si ya había cumplido los dieciocho años. «¡La próxima semana voy a aprobar el carné de conducir!», le dijiste a Carmen cuando ya estabais los dos sentados en la sala de estar, y tuviste la impresión de que te situabas en la línea de salida de algo, como si empezases a correr una carrera en la que no sabías donde estaba la meta; aunque de eso no fueras tan consciente: de la meta, tan sólo de que te parecía importante arrancar ya. Carmen te escuchaba sonriendo, mirándote como una madre que descubre a su hijo a escondidas afeitándose por primera vez. Carmen, tu vecina del sexto que a veces te miraba como una madre pero a veces no, te miraba como una madre porque tenía casi la misma edad que tu madre, pero otras veces no te miraba así, no te observaba de esa manera... Cuántas noches te preguntaste por esa mirada tal vez recíproca, cuántas noches en tu dormitorio con la luz apagada y los ojos abiertos, cuántas noches en las que pensabas por qué siempre Carmen... Quizás porque todavía no conocías tantas cosas, ni siquiera el significado de la palabra empatía, aunque sí intuyeses, en esas tardes casi mágicas en casa de Carmen, que tu espontánea vitalidad se traspasaba con la misma intensidad hacia ella, hacia su

sonrisa acogedora que la recibía, esas ilusiones y esas incertidumbres adolescentes tuyas que ella recogía para devolvértelas filtradas por una madurez que era sabia, pero igualmente pura, diáfana, desnuda, desnuda, siempre y siempre compartida.

Nada era más importante que sacarse el carné de conducir —piensas sentado en el avión con la cajita de madera entre las manos—, también qué carrera querías estudiar. Dos hechos que te parecían decisivos, las dos cosas más trascendentales de esa vida que por primera vez sentías plenamente tuya. Una vida que, hicieras algo o no, provocarías algo o no, te iba a llevar a alguna parte: y ahí estabas tú, sentado obligatoria o precipitadamente frente al timón, sin divisar muy bien ningún horizonte. Sacarse el carné de conducir, sacarse el carné de conducir, desear que llegara el viernes para coger el Honda Civic blanco de tu madre con el depósito lleno, pasar a recoger a Isidoro, a Jose y a Fernando, y devolverlo el domingo a última hora de la tarde con el depósito vacío. «¿Pero te vas a marchar tan pronto? —te decían incrédulos tus amigos—, si todavía son las siete», y tú de todas maneras te despedías de ellos mientras se bajaban del coche con una prisa inesperada e impuesta, metías la primera y los mirabas por el retrovisor, sus tres figuras plantadas en la acera del Kiosko Numancia, y continuabas con una callada inquietud hacia tu casa, aparcabas impaciente en el garaje, cogías el ascensor y en vez de ir al octavo, apretabas con determinación el botón del sexto para pasar a ver a Carmen. Tú con dieciocho años recién cumplidos y ella con cuarenta y seis, tú con las ilusiones y las dudas y ella con las certezas, tu vida de antes y tu vida de ahora pero...; el sábado tú y tus amigos enfilando la autopista hacia la playa de la Caleta pero...; compartir un porro con las cuatro chicas con quienes os empezasteis a encontrar los fines de semana sentados en la orilla pero... Aquellas

conversaciones nuevas, ocupando el espacio de otras que de repente resultaban tan infantiles: ya no era el fútbol en la plaza sino dónde comprar el whisky para esa noche; ya no eran las bicicletas hacia la presa de Tahodio sino cómo le quedaban las braguitas del bikini... Aquellas miradas también nuevas y que hasta ese momento no habías descubierto en tus amigos, que ya no querían jugar el partidillo con la marea baja y la puesta de sol, tan sólo quedarse hablando con las chicas junto a la tienda de campaña. Esas miradas fijas, acompañadas de una sonrisa juguetona, entornando un poco los párpados radiantes al pasarle el porro a alguna de ellas, eras consciente de que ahora sí tus amigos, pero que tú nunca habías mirado de esa manera. Se lo contabas a Carmen, porque sólo a ella podías confesarle esas cosas, porque sólo ella tenía esa capacidad para escucharte sin que tú te sintieses juzgado, ella sí hubiese entendido aquellas navidades que nunca comentaste con nadie, cuando se suponía que ya eras demasiado mayor para pedir juguetes a los Reyes y tu decepción tras abrir los paquetes y sólo encontrar ropa: unos vaqueros, una camiseta, ¿a qué jugarías tú entonces?, ¿quién te había obligado a que ese año, de repente, sin que nadie te avisara, ya fueras mayor? Sí, sacarse el carné de conducir era importante, regresar el domingo de la playa por fin sin las chicas, tú conduciendo, tú ya con el carné en el bolsillo, pisabas el acelerador en las rectas, subías la música del radiocasete a tope y Fernando o Isidoro sacaban la cabeza por la ventana cantando a gritos aquellas canciones de Radio Futura, aquel veneno en la piel vuestra, tan joven, tan ansiosa, tan libre, tan dispuesta a todo. Parabais en donde os daba la gana, pedíais cuatro cervezas en un chiringuito junto al mar, y otra vez las conversaciones nuevas, tu estrenada y palpable madurez hablando con los amigos frente a tu turbación con las chicas en la playa, tu ilusión por comenzar la Universidad frente a tu incertidumbre por elegir la carrera, tu *iludumbre* y tu *incertisión*, Fernando, Jose e Isidoro que



parecían tan seguros, tan autónomos, tan maduros, y sin embargo tú, tú, tú... Tú que sentías que todo iba demasiado rápido, se lo contabas a Carmen y ella sonreía cuando te escuchaba, simplemente sonreía, nunca se reía, nunca una carcajada, tan sólo una sonrisa, una sonrisa comedida quizás triste, una sonrisa experta quizás resignada, una sonrisa que quizás no era una sonrisa pero sí aquello que te conducía a estar allí, sí aquello que te condujo a pasar por su casa esta mañana antes de ir al aeropuerto. «Toma», te extendió con las dos manos la pequeña cajita de madera sin poder ocultar ese gesto tan suyo entornando los párpados con tristeza o melancolía, «no la abras hasta que no estés en el avión». Contemplas ahora la llavita pequeña que abre ese tesoro, te acuerdas de las muñecas rusas pero en sentido contrario, las azafatas se acaban de sentar antes de iniciar el despegue, y tú sostienes entre las manos esa cajita de madera que todavía no te has atrevido a abrir.

¿Por qué tenías una y otra vez la sensación de que todo iba a una velocidad de vértigo? Atrás los diecisiete y de repente los dieciocho, qué gran diferencia —pensabas—, en tan sólo un año, en tan sólo un mes, en tan sólo un día cruzar la frontera, un documento de color rosado que se despliega en forma de tríptico y que no podías dejar de mirar minuciosamente, sentado en la cama de tu cuarto con la puerta cerrada, casi absorto, sujetando el carné extendido con las dos manos, leyendo cada palabra, cada detalle, cada símbolo, como si no creyeses que de verdad ya fuese tuyo. Tu foto y tu cara casi imberbe seguían siendo la misma, pero sin embargo eran tantas las diferencias: el carné de conducir, elegir por fin qué carrera querías estudiar, no lo tenías nada claro y te asustaba esa decisión ante la que te sentías indefenso, sin criterio para decidir a lo que te ibas a dedicar durante los próximos cinco años y probablemente el resto de tu vida: ¡el resto de tu vida! —y

era sólo un pensamiento mudo pero lo sentías en tu mente como una gran exclamación—. ¿Por qué tenías que tomar así, de repente, una decisión para la que no tenías todos los argumentos? ¿Por qué sentías que debías subirte a un coche en marcha que ya iba demasiado deprisa?, como esas imágenes en las que se muestra una ciudad a cámara rápida, una ciudad que amanece, que atardece, que anochece a toda velocidad, con las nubes pasando y pasando, blancas, negras, claras, oscuras, con los coches yendo y viniendo, con la gente caminando veloz de un lado a otro, y tú ahí, en medio de la vorágine, sin tiempo suficiente para tomar decisiones o digerir los cambios, sintiendo que avanzaban los días, y que te empujaban hacia un abismo del que colgaban varios puentes levadizos endebles o seguros ante los que no sabías por cual cruzar, ¿es que no se podía detener el tiempo? Quizás Jesús podría haber detenido el tiempo, haber contenido un segundo, sostenido un segundo, pero ni siquiera a Carmen le hablaste de Jesús, sino sólo de detener el tiempo, de los puentes levadizos, del coche a toda velocidad... Ella te observaba de esa manera, no como una madre sino de la otra forma, te sonreía, con esa sonrisa comedida, experta o triste, y que quizás no era una sonrisa. Giraba la vista hacia los estantes del salón, hacia un portarretratos plateado que contenía una foto en blanco y negro, ella vestida de blanco, ella con ese rostro tan juvenil que era el mismo rostro casi adolescente que tú tenías en la foto del carné de conducir. Carmen permanecía un instante mirando la foto de su boda, con ese gesto tan suyo, entornando los párpados con tristeza o melancolía, frunciendo el labio inferior, negando con la cabeza, un suspiro largo y contenido, y giraba la vista hacia ti como si tú fueras el receptor de ese gesto y no ella misma, o tal vez porque fuerais receptores los dos. Entonces sacaba de una cajetilla un cigarrillo, lo encendía con un gesto ceremonioso, aspiraba una calada y la soltaba despacio..., «detener el tiempo —susurraba mirando cómo se desvanecía el

humo, con las arrugas formándosele en la comisura de los ojos—, si pudiéramos detener el tiempo... —repetía—, las muñecas rusas que todo el mundo las ve en un sentido pero nunca en el contrario...»

Por eso te gustaba escucharla, por eso volvías siempre a Carmen, porque por fin empezaste la Universidad, casi ni pudiste dormir la noche anterior, entraste en aquella clase de primero con forma de anfiteatro y te sorprendiste al descubrir que allí habían más de cien alumnos. Te sentaste en una de las primeras filas y volviste la vista hacia atrás, todas esas caras desconocidas hablando entre ellas, todas esas caras desconocidas por conocer, la chica que estaba a tu lado te saludó y te dijo que se llamaba Natalia, se dieron dos besos, tú y Natalia, Natalia y tú, el bullicio optimista que inundaba el aula se disipó de repente cuando por una puerta lateral entró el profesor. Aquel silencio te impactó, ya habías oído los rumores, el metralleta lo llamaban, hasta hace unos segundos más de cien alumnos parloteaban en la clase y en un instante se extendió un silencio avizor en el que tan sólo se escuchaba el ruido de los zapatos del metralleta resonando sobre la tarima. Mientras avanzaba con pasos certeros tú presentiste que algo iba a ocurrir y no te equivocaste. Cuando por fin llegó a la mesa se detuvo, se giró hacia los alumnos con un movimiento que te pareció robótico, recorrió lentamente con una mirada inquisidora a toda la clase y clavó la vista en ti: «¡usted!» —te señaló con el brazo y el dedo índice extendidos—, y te dio la impresión de que te había disparado un dardo criogenizante. Estabas completamente convencido de que entre todos los chicos a tu alrededor te estaba señalando a ti, pero por si acaso te señalaste a ti mismo como si te sintieras culpable de algo. «¿Yo?» —y te salió un pálido hilillo de voz—. «Sí, usted» —repitió el metralleta—, su voz era autoritaria y firme, «¿cómo se llama?» «Rafa» —respondiste—. «¿Rafael qué más?» «García». «Bien, señor García», y comentó algo a lo que no le diste mucha importancia porque estabas

más impresionado por el hecho de que por primera vez en tu vida alguien te hubiese tratado de señor y de usted. Carmen sonreía al escucharte, esa sonrisa experta que quizás no era una sonrisa, se levantaba de repente y caminando descalza, con pasos meditativos, daba una vuelta alrededor de la mesilla del salón, como si fuese una luna girando alrededor de un planeta, vigilando sus días y sus noches. Tú percibías su aureola triste o sabia, más triste que sabia, o más sabia que triste, y ella volvía a sentarse junto a ti: «no eres un señor todavía —te dijo pellizcándote tiernamente el cachete, y luego mirando con ese gesto tan tristemente suyo a la foto de su boda—, no te creas lo que aún no eres, no actúes como lo que no eres, por mucho que hayas cumplido dieciocho años y hayas entrado en la Universidad todavía no eres un señor».

No eras un señor, no, pero sí deseabas ocupar de una vez tu puesto como adulto, dejar definitivamente atrás el colegio y los diecisiete años, ¿verdad? ¿Qué celebraban una fiesta los de COU?, ya no, ya no ibas, ya eran unos críos. Tú querías atravesar ese puente colgante por el que a última hora te habías decidido, ese puente colgante inestable o seguro pero repleto de novedades. Cien personas por conocer, el carné de conducir en el bolsillo, cada café en la cafetería de la facultad era todo un descubrimiento. Los nuevos horarios sin que nadie te vigilase como ocurría en el colegio privado —porque tú no fuiste al instituto—, los nuevos amigos que ibas conociendo un día sí y otro también, la primera vez que fuiste a casa de Toño Mellizo, ese barrio lindando con la autopista, él indicándote desde el asiento del copiloto a izquierda y derecha entre aquellas callejuelas oscuras, para ti desconocidas, en las que se amontonaban antiguos bloques de protección oficial. Toño te invitó a subir a su casa, un pisito de apenas setenta metros cuadrados en donde vivía con sus padres y sus dos hermanos.

Nada más entrar le pediste ir al baño, sólo había uno, un baño pequeño de azulejos desgastados con tres estantes muy estrechos en donde se amontonaban los útiles de aseo: las cuchillas de afeitar, los botes, las cremas y los perfumes de sus cinco habitantes, no quedaba espacio ni para un cortaúñas. Cuando saliste Toño te esperaba en su habitación, apenas cuatro paredes de no más de tres metros de ancho en donde dormían los tres hermanos, a un lado una litera y al otro una cama individual, un armario sin empotrar en donde no cabía toda la ropa que se agolpaba doblada sobre una silla de madera vieja, una ventana que daba a un patio pequeño por donde se oía el sonido de la televisión de los vecinos. Esa tarde regresaste pensativo a tu casa, no había nadie cuando llegaste, ni tus padres, ni tus hermanos, la muchacha ya se había ido. Recorriste en silencio la cocina, el salón comedor tan amplio, los cuatro dormitorios, los tres baños.... Te acodaste en la barandilla de la terraza de tu cuarto y miraste hacia los edificios donde vivían tus amigos del colegio privado, todos en el mismo barrio, todos los pisos de tamaños similares, y sin embargo al primero que llamabas ahora para salir el fin de semana era a Toño Mellizo, y también a Natalia, que resultó vivir en otro bloque de protección oficial, un par de callejuelas estrechas y desconchadas por encima de él. Salíais de clase y os ibais a comer los tres juntos a los bares cercanos a la facultad, pedíais unos bocatas y se os pasaban las horas hablando, ya no era siempre la botella de whisky sino también las películas de Woody Allen, ya no era siempre las braguitas del bikini sino también la caída del muro de Berlín. Toño te retaba al billar, Natalia pedía tres cervezas, si era jueves o viernes empatabais con la cena y ya después los pubs de La Laguna, encontrarte con Fernando e Isidoro con sus camisas floreadas y el pelo engominado a la entrada de la Estudiantina, compartir las caladas de un porro, guiñarle un ojo a Natalia para apartaros hacia un rincón acaramelado en cualquier discoteca. Parecía que ya eran más

las ilusiones, ¿verdad?, parecía que por fin pusiste la directa y dejaste atrás las incertidumbres ¿verdad?, parecía que ya no necesitabas tanto a Carmen, ¿verdad? Y sin embargo, ¿qué fue lo que ocurrió después?, ¿por qué volviste de nuevo a ella? ¿También porque quizás te volvías a acordar otra vez de Jesús?

*El desierto del Sahara / está más cerca de mis labios / que tus besos... / y el mercado de Estambul. / Las mezquitas de la India / están más cerca de mis dedos / que tu cuerpo... / y la noche en Katmandú.* Vuelves a tatararla ahora que el avión ha entrado en la pista de despeje, ahora que está creciendo el rugido de los motores, ahora que aún sostienes entre las manos la cajita que te regaló Carmen y que todavía no te has atrevido a abrir. Quizá no ocurrió realmente nada, poco a poco tus visitas pasaron a ser más esporádicas, los últimos años ya casi inexistentes, pero una tarde melancólica en la que regresabas de la biblioteca de preparar ya los exámenes del penúltimo curso —le habías dicho a Natalia que no te apetecía ir a cenar, o igual es que no te apetecía ir a cenar con ella—, antes de subir a tu casa decidiste parar en el sexto, sin saber muy bien por qué, como si siguiesses un instinto de algo, un planeta que gira porque tiene que girar... Tocaste varias veces sin obtener respuesta, cuando ya entrabas en el ascensor para continuar hasta el octavo escuchaste cómo desde dentro se abría un pestillo, allí estaba ella, percibiste su expresión apesadumbrada, las raíces de su pelo cada vez más cano, las ojeras avejentándole el rostro, te disculpaste pensando que quizás sería más prudente venir otro día pero ella te dijo con una voz de ultratumba que no, que por favor entrases. Y le hablaste de la facultad pero..., de ir a la filmoteca o de salir por la noche pero..., de Toño Mellizo y de Natalia pero..., de que el próximo curso sería el último año pero... Carmen te escuchaba atenta, con esa sonrisa que quizás no era una sonrisa, giraste la vista hacia la estan-

tería y te diste cuenta de que la foto de su boda había desaparecido, de que ese estante estaba completamente vacío, limpio, sin una mota de polvo. Giraste la mirada hacia ella que encendía un cigarrillo, con ese gesto tan suyo, entornando los párpados con tristeza o melancolía, frunciendo el labio inferior, negando con la cabeza, «¡ay! —suspiró expulsando lentamente una bocanada de humo—, qué pena no haberte conocido antes, las muñecas rusas pero en sentido contrario, la pequeña que se convierte en otra un poco más grande pero que todavía no se ha dado cuenta de que sigue encerrada en otra mayor, ojalá yo misma, ojalá yo misma —repetió para sí— me hubiese dado cuenta a tiempo...»

Y es que ya se habían acabado las novedades, ¿verdad? Porque en el fondo ni Toño ni Natalia eran tan distintos, porque al final todos erais lo mismo, las cien personas que ya conociste, viviesen donde viviesen, pensasen lo que pensasen, hablasen de lo que hablasen, la misma manera de divertirse, las mismas inquietudes, terminar lo antes posible la carrera para presentarse a unas oposiciones o enviar el curriculum a uno de esos procesos de selección que estaban publicando los bancos en el periódico de la Universidad. ¿Es que acaso eso era todo?, ¿Veintidós años y eso era todo? ¿Es que acababas la carrera y volvías a sentirte otra vez como al principio, con la necesidad de tomar una decisión sobre lo que deberías hacer en tu futuro sin tener todos los argumentos? ¿Te volvía a pasar de nuevo? ¿Te volvían a empujar hacia un acantilado sobre el que colgaban varios puentes levadizos? ¿Volvías de nuevo a vivir en esa ciudad a cámara rápida sin tener el tiempo suficiente para digerir los cambios? Fue aquella noche en la Tasca Lagunera cuando la escuchaste por primera vez, te habías levantado de la mesa en la que estabais unos diez compañeros de clase celebrando el cumpleaños de Toño. Natalia te buscó al darse cuenta de que no

regresabas y te encontró ensimismado en la barra frente a una cerveza y probablemente pensando también en Jesús. ¿Qué te ocurre?, te preguntó Natalia con una voz tierna, tú no respondiste y ella se puso de puntillas para acercar esos labios que besaste con un gesto de desdén. Fue entonces cuando te diste cuenta de lo que decía la letra de aquella canción que sonaba de fondo, ¿cuántas veces la tarareaste después? *El desierto del Sahara / está más cerca de mis labios / que tus besos... / y el mercado de Estambul. / Las mezquitas de la India / están más cerca de mis dedos / que tu cuerpo... / y la noche en Katmandú.*

Y ahora el avión por fin acaba de despegar, te quedan por delante las cuatro horas hacia Londres, pasar la noche en un *Bed and Breakfast* de Earl's Court que te recomendó un amigo, y a la mañana siguiente catorce horas más de vuelo; hace apenas dos, cuando bajabas en el ascensor hacia el garaje, le dijiste a tu padre que te esperara en el coche, que tenías que pasar a despedirte de ella. Te estaba esperando, te abrió la puerta y sin decirte nada te indicó con un gesto silencioso que pasaras hacia el salón. Viste la cajita de madera sobre la mesa del comedor, la mesa completamente limpia y la cajita en el centro como si fuera un objeto de culto. Carmen la cogió con las dos manos, extendió los brazos y te la ofreció como si fuera un secreto, te miró a los ojos, con esa sonrisa suya que no era una sonrisa, «no la abras hasta que no estés en el avión», y tú intuiste que, fuera lo que fuera lo que hubiese ahí dentro, te estabas llevando una parte importante de ella misma, una parte importante que necesitarías contigo. Ahora miras por la ventana, el avión acaba de traspasar la niebla que cubría el aeropuerto y vuela limpio sobre el cielo azul, elevado por encima de las nubes ves cómo te alejas de la silueta picuda del Teide, sostienes sobre las manos la cajita de madera, giras la llavita pequeña y escuchas un ligero clic al abrirse la cerradura, antes de levantar la tapa aguantas un segundo, detienes un



segundo, sostienes un segundo... , por fin la abres y sonríes al descubrir una muñeca rusa. La coges, por el peso imaginas que está vacía, que es el sentido contrario, que es la última y más grande de las muñecas, que no está encerrada en ninguna mayor. Pero algo se mueve dentro cuando la tienes en tu mano, giras su vientre para abrirla y descubres en su interior una cadena con una chapa de metal como la que llevan los soldados en el ejército. De improvisto te viene a la mente esa sonrisa de Carmen, nunca supiste si de melancolía o de tristeza, probablemente algo de las dos, en el envés de la chapa lees tallada la palabra «buscar», y al girarla, en el revés, «para después no tener que huir». Ahora eres tú el que sonríes comprendiendo esa sonrisa suya, te pasas la cadena por el cuello con un gesto ceremonioso, suspiras cogiendo aire, y aguantando la respiración te aferras a la chapa fuertemente con el puño.



El soldado levantó la palma de la mano y ordenó al coche detenerse. Se acercó con pasos lentos, arrogantes, golpeó la ventana con el cañón de la metralleta. Rafa se quedó helado, mirando hacia Armen que, con un tono muy serio y aparentando normalidad, le dijo desde el asiento del copiloto que la bajase. Natascha y Tsovinar se arrellanaron más rectas en el sillón de atrás. El soldado volvió a golpear la ventana con el arma, toc, toc, Rafa dirigió la vista hacia su izquierda, a escasos centímetros, al otro lado del cristal, estaba el agujero profundo y oscuro del cañón apuntando hacia él, sintió su cuerpo demasiado rígido cuando empezó a girar despacio la manivela.

—*Documentatsia*— dijo el soldado con un tono autoritario.

Rafa se giró hacia dentro, extendió la mano para que le diesen los carnés, el soldado golpeó con el cañón de la metralleta el perfil de la ventana indicando que la bajara más. Mientras Rafa recogía la documentación el soldado introdujo la cabeza en el interior del vehículo, los miró a los cuatro con desconfianza, con las fauces apretadas, como si los estuviera acusando de algo. Rafa vio a escasos centímetros de sus ojos que le faltaba la mitad de la oreja, la tenía quemada. Le entregó con frialdad los tres carnés y su salvoconducto.

El soldado levantó la barrera de mala gana y Rafa aceleró con suavidad, comprobando por el retrovisor cómo volvía a bajarla y se quedaba observándolos con los brazos en jarras, con la metralleta colgada del hombro, como si no estuviese muy convencido de haberles dejado paso. Rafa apartó la vista del espejo y miró hacia el frente donde se abría una carretera larguísima, una línea recta infinita en la que no se divisaba ningún coche, las llanuras eran grandes extensiones peladas, el Niva avanzaba con su traqueteo sobre el asfalto descascarillado, en la

distancia las montañas estaban cubiertas con las primeras nieves.

—*Tesnum es, asum ei vor aveli lav e du vares mequanan* —le dijo Armen dándole un suave golpe en el hombro con el puño.

—¿Perdona? —le preguntó Rafa.

—*Tesnum es, asum ei vor aveli lav e du vares mequanan* —le repitió Armen más despacio, marcando las pausas en cada sílaba para que pudiera entenderlo bien.

—Sí, tienes razón, era mejor que condujese yo. Si no hubiésemos tenido problemas al cruzar la frontera —dijo Rafa con un cierto alivio todavía acordándose de la oreja quemada del soldado. Miró por el retrovisor a las chicas, a Natascha le caía una lágrima y no hacía nada por ocultarla, Tsovinar le acariciaba con dulzura su pelo negrísimo, suave y largo. Rafa pensó preguntar por qué lloraba pero finalmente decidió que era mejor no hacerlo.

¿Cómo no recordar ahora todo aquello?, se pregunta Rafa mientras cenan los cuatro en un restaurante del Puerto de la Cruz, una casona colonial de la familia de los Zárate recién rehabilitada y que cuando entraron le pareció demasiado lujosa. Una vez terminados los postres piden las primeras copas, Fernando se pone de pie y golpea con una cucharilla el vaso de ron con CocaCola haciendo tintinear el cristal. A Rafa le sorprende el gesto, Fernando está de pie, carraspeando para aclararse la garganta, la sonrisa trémula, la mirada extrañamente esquiva, las palabras que no terminan de salir; Rafa imagina lo que les va a anunciar, ¿así que era por eso por lo que había organizado esta cena?

Ahora entiende el secretismo cuando lo llamó hace unos días para convocarlo. Aquella tarde, mientras hablaban por teléfono, le pareció todo un poco raro, tan sólo el miércoles pasado habían ido a cenar por el cumpleaños de Isidoro y ahora le resultaba demasiado cer-

cana esta otra cena. Rafa se había quedado pensativo nada más colgar, sentado en el suelo de baldosas desnudas de su nuevo piso, un ático de sesenta metros en la calle Benavides con el que se acababa de hipotecar para los próximos veinte años y en el que se iba a quedar a dormir por primera vez como propietario individual, como individuo independiente, como independiente sujeto que sujeta con firmeza las llaves de su futura intimidad. Hacía cinco años que se había marchado, de Katmandú a Bangkok, Londres y después Armenia, cinco años desde que Carmen le había regalado aquella cajita de madera con la muñeca rusa y la chapa de metal grabada en su interior. Y ahora estaba de nuevo en la isla, hipotecándose los próximos veinte años al comprarse el piso, ¿había hecho bien al firmar el otro día en el notario? ¿Por qué demonios le habrían ofrecido de repente ese trabajo?, ¿y por qué demonios lo había aceptado y había decidido regresar?

— *Tegvir ach* —le dijo Armen.

Rafa siguió su indicación y puso el intermitente a la derecha. Nada más girar, a los pocos metros, la carretera se estrechó y se hizo más empinada, Rafa tuvo que reducir una marcha para encarar las primeras cuestas. Al cabo de unos kilómetros, un furgón blanco y algo oxidado, apareció bajando de frente, no había espacio para que los dos vehículos cruzasen al mismo tiempo. Rafa detuvo el coche y se dispuso a dar marcha atrás para meterse en un terraplén y dejar paso.

— ¡*Spasir!* —le gritó Armen—, ¡no meterte ahí! ¡Hay minas!

Rafa se quedó quieto, inmóvil, Armen posó su mano sobre la mano de Rafa que sujetaba el volante, se la apretó mientras lo miraba seriamente a los ojos, retiró la mirada y se bajó del coche. También descendió un hombre del furgón oxidado, calvo, con barriga, cuarenta y tantos años, la nariz de boxeador, con una chaqueta de cuero negro que le llegaba a la altura de la rodilla.

—*Uberi ottuda mashinu, mi speshim*—gritó el hombre en ruso.

—*Padazhdi, vsevo nemnogo terpenia* —le respondió Armen en el mismo idioma—. *Vochinch chanes minchev yes chasem* —dijo luego en armenio girándose hacia Rafa.

Rafa creyó entender lo que Armen le acababa de decir, que no se moviese hasta que no le indicara. Siempre le sorprendía la facilidad que tenían para cambiar de un idioma a otro, pero no había entendido lo que habían dicho en ruso, por el tono de la conversación parecía que estaban discutiendo por quién apartaba el coche. No le gustaba la pinta del otro tipo, sintió los latidos del corazón en la yugular, aquí cualquiera podría llevar una pistola, giró la cabeza hacia atrás, Tsovinar y Natascha seguían la escena con la tensión demacrándoles el rostro.

El hombre de la nariz de boxeador se adelantó hacia el Niva, *¡Uberi ottuda mashinu, mi speshim!*, le hizo aspavientos con las manos para que diera marcha atrás, Armen le ordenó que no lo hiciera y continuaron discutiendo en ruso, un encadenado de palabras en un tono hostilmente elevado que Rafa no conseguía entender. Tras unos minutos Armen se acercó a la ventanilla, le dijo que se metiera un poco en el terraplén hasta que él le avisase, antes le dijo a las chicas que era mejor que se bajaran de coche. Rafa puso la marcha atrás, se giró nervioso, apoyando el brazo sobre el respaldo del asiento del copiloto para ver mejor, presionó el acelerador despacio pero sintió el pie trémulo sobre el pedal rígido del Niva y el coche hizo un movimiento brusco, ¡cuidado! —gritó Armen—, Rafa pisó fuertemente el freno, el coche dio un brinco y se caló. ¡Uff!, varias gotillas de sudor se le formaron en la sien, tomó aire, volvió a arrancar, acelerando suavemente, notando cómo las ruedas se salían del asfalto y entraban en la tierrilla, ¡despacio, despacio! —le indicaba Armen moviendo las palmas de las manos hacia sí—,